

NOTAS DE UN MONTAÑERO

POR LAS MONTAÑAS VASCAS

Recuerdos e impresiones

Fué en un día luminoso de Mayo, cuando me inicié en las hondas bellezas de la campiña vascongada.

Amante de la montaña en su más amplio concepto, sin exclusivismos de ningún género, en mi alma prendieron bien pronto los gérmenes de una afección que había de arraigar con profundas raíces.

Hallábame en Bilbao, solitario y apartado de mi hogar en la ciudad industrial, para mi aún desconocida y cuyo ambiente turbio antojóseme inhóspito en el primer momento.

Y recurrí a la montaña, en cuyas cimas se templan los espíritus y se sosiegan las almas.

Allí conocí a los devotos de las cumbres y recorrí todo el país vasco con mis nuevos amigos los *mendigoizales*; ellos me adentraron por los rincones más apartados, me dieron a conocer el misterio que rodea a las salvajes playas desiertas, de la costa acantilada y al regreso de la excursión, siempre grata, me hicieron gustar el agrillo néctar en los más clásicos *chacolis* y en las romerías más típicas en honor de los santos patronos más renombrados.

Ascendí a las cimas más elevadas y descubrí el maravilloso paisaje en que el mar y la montaña se hermanan en conjunto indivisible.

Y fueron mías, entre otras muchas, Amboto la arisca, la de siniestras leyendas, y el Gorbea, tan dulce, con sus campas floridas, de suaves entonaciones, de verdes tonos esmeraldinos.

Así amé a las cumbres y admiré en los valles la placidez de la honrada vida campesina y... al marchar del país, camino de mi tierra, no pude por menos de sentir hondamente la tristeza del que abandona algo que ha llegado a ser muy suyo.

* * *

Al ser requerido amablemente por mi admirado amigo Bandrés para llenar unas líneas en *Pyrenaica*, pasa rápida por mi memoria, como en cinta cinematográfica, la estela de mis recuerdos. Entorno los ojos, y me veo en Urquiola.

Ha tenido lugar por la mañana la carrera automovilista organizada por el Club Deportivo de Bilbao, que yo contemplé desde lo alto del Untzilla.

A las cumbres, no ascendía el bullicio de la multitud que se agolpaba a lo largo de la tortuosa carretera y los ruidos de los motores llegaban atenuados como un débil zumbido.

Era mi primera ascensión a uu pico vizcaíno y el sol ostentó toda la magnificencia de su poder que hasta aquel día me había ocultado.

Comida en Urquiola. Gran animación y algazara en los alrededores. Allí están los de Abadiano que con el pretexto de la carrera han organizado una buena comida. Un *morrosko* que ya está un poco alegre, después de atacar con potente voz de tenor, zortzicos de valientes entonaciones, se anima paulatinamente y entre trago y trago, la emprende con las melodiosas notas del *Sueño de Manón*.

Al finalizar, contagiado de la tristeza del tema, se lamenta amargamente en una frase de profundo sentido:

Es el mundo muy pequeño, pero la ilusión es muy grande.

Los demás comensales entonan a una, el alusivo estribillo:

*Empesó un poco cohibido
pero al entrar en materia
hiso una oración sagrada
colosal, colosal*

el cual es repetido monótonamente, cada vez que el tenor acaba una nueva canción. La música tiene una cadencia de rito funeral.

De nuevo se oye la voz cada vez más bronca; ahora canta el *Adios a la vida*. Fuera cae una llovizna que infunde al paisaje un tono triste, que armoniza con los cantos de dentro.

Es la hora de la vuelta; por las zigzagueantes revueltas de Urquiola los grupos bajan, ahora silenciosos. Es el momento sublime en que el día se funde con las primeras sombras.

El espíritu de la montaña, flota difuso en el ambiente, y sin querer se adueña de nosotros.

El día fué complejo en emociones. Hemos gozado de la caricia de las cumbres y del sano optimismo, que contagia la alegría de los demás. Unimos nuestro grito jubiloso, al *santzo* de los compañeros que nos emociona profundamente.

* * *

... Y al recordar ahora, en mis lares, no sin nostalgia aquel mi debut en el montañismo vasco, que fué para mi la revelación del alma del país, no puedo por menos de expresar desde estas páginas, mi afecto hacia esa hermosa región que me acogió hospitalaria, y mi admiración por la obra de todas las sociedades que orientan sus actividades hacia el alpinismo, y en especial por esa importante Federación, llamada a ser el nexo de enlace de los montañeros vascos con sus hermanos del resto de España.

J. DELGADO UBEDA
de la R. S. Peñalara de Madrid
Y DE LA F. V. N. A.